

—De mí—replicó ella—no depende el destino de nadie. Y basta así.

—¡Amen!—murmuró Ginoni.

Acabaron de bajar la escalera en silencio.

—Y sin embargo,—dijo el ingeniero, ya en el portal.—Usted sigue pensando en ello.

—¡Oh santo Dios!—contestó la Pedani—pensaba en muy otra cosa. Pensaba que á las niñas se les otorga demasiado pocos movimientos de las articulaciones inferiores. ¡Mire!

El ingeniero se echó á reír, y, se despidió, exclamando:

—¡Abajo Esparta!

Y ella, volviéndose, le respondió:

—¡Abajo Síbaris!—y enfiló la acera á grandes pasos.



XV

Don Celzani se sintió herido en lo más profundo de su alma con la respuesta, que un poco suavizada le refirió el ingeniero, y no le reanimó nada absolutamente la exhortación que este le hizo para que insistiera, repitiéndole la comparación de la mina con la mecha larga, que el día menos pensado llegaría á estallar.

Volvió entonces á caer en un estado tormentoso y digno de compasión. Siguió espionando á la maestra cuando bajaba ó volvía á casa, y unas veces, dándole mayor valor la desesperación, lanzábale miradas prolongadas, indagadoras, suplicantes, acompañadas de un saludo interminable que más bien parecía el saludo de un mendigo que pidiera por amor de Dios una sonrisa.

Ella guardaba la misma actitud con él, saludándole con cortesía, indiferente, sin ostentación y sin darle á entender que sabía

que se apostaba detrás de la puerta, de las pilastras, en los rincones ó en la portería, y que se quedaba parado luego un rato contemplándola. Adivinaba, sin embargo, que la pasión del pobre hombre se iba de día en día inflamando más, y había para ello un nuevo motivo.

La reputación de la maestra Pedani iba creciendo.

Un artículo suyo sobre Pedro Enrique Ling, fundador de la gimnasia sueca, publicado en *La Nueva Liza*, curioso por el asunto y por una cierta brusca vivacidad y por su estilo clarísimo, especialmente en la descripción de los ejercicios sobre la *escalera de ondulación*, y la *espaldera*, habíalo reproduciendo un periódico político de Turín, y causó cierto ruido.

Una noche dió también una conferencia en la *Filotécnica* sobre la creación de una gimnástica especial curativa de ciertas deformidades de los muchachos, desplegando, sin presunción pedantesca alguna, conocimientos bastante raros en anatomía; y los periódicos hablaron de ella, dando á conocer su figura con palabras delicadas, su voz hermosa y extraña, el modo singular con que presentaba las cuestiones, sus vigorosos á la

vez que armónicos ademanes que arrancaron unánimes aplausos.

Todo esto le daba notoriedad, era muy buscada para lecciones privadas, venían á su casa maestras aspirantes para seguir cursos especiales de gimnasia, que ya en aquellos meses no había en la Palestra; muchachas que teniendo defectos no querían hacer ejercicios con las demás maestras ya tituladas, y que buscaban explicaciones y consejos.

Don Celzani encontraba á cada paso á unas ú otras por las escaleras, y oía repetir su nombre con admiración, dentro y fuera de casa.

Esta naciente celebridad servíale de nuevo incentivo á su amor, un estímulo nuevo y mortificante y esquisito para sus deseos. Sentía aun más refinada voluptuosidad imaginándose poseedor seguro de una mujer conocida y admirada, pensaba que llegaría á ser doblemente feliz en su obscuridad, poseyéndola cuando volviera de una conferencia aplaudida, apoderándose de aquellas formas que tantos otros habían deseado y acariciado con sus ojos; parecía más bien que aquella felicidad sería tanto más dulce y profunda, cuanto más se anulara él empuñándose á su lado, sin ser otra cosa.

que marido á ciertas horas, olvidado después en todo el resto del día; tenido como un servidor, un instrumento, un solaz, un buen animal de la casa.

¡Ah, santo Dios! Estas ideas le enardecían aun más el corazón: pues con su cabezota sólida de hombre meditabundo, dotado de una cierta finura clerical, había leído á fondo en el interior de ella, y comprendía bien, que una vez dado el paso, era mujer que le permanecería rigidamente fiel, por el sentimiento de la propia dignidad, por la fuerza de la razón, aun cuando hubiera estado por debajo de ella en todo. Lo principal era llegar, que luego no le importarían nada las bromas y las asechanzas. ¡Estaría seguro de sí, sabría custodiar su tesoro en las barbas del mundo entero. Se reía de las sátiras del maestro Fassi!

Éste, precisamente siempre que le encontraba se entretenía en darle estocadas, pero ahora con un sentimiento nuevo de acrimonia contra la Pedani, quien apareciendo más iluminada, le dejaba á él en la sombra, restringiéndole á la vez la colaboración de que había menester, por las mayores ocupaciones.

En aquellos días precisamente se había

concitado con los artículos provocativos de la *Liza* una nube de enemigos.

Asaltando á todos los adversarios de la gimnasia, había dicho que los bailarines no ejercitando mas que los miembros inferiores, tenían piernas atléticas pero pechos de pollo; había acusado á los maestros de esgrima de provocar un desarrollo excesivo en las piernas y en el hombro derecho con menoscabo de las justas proporciones de todo el cuerpo; se había enredado con los maestros de piano porque eran la causa principal de la vida demasiado sedentaria de las muchachas y con los ortopédicos que hostilizaban á la gimnástica porque desacreditaba sus instrumentos de tortura; hasta había molestado á los drogueros y farmacéuticos diciendo que calumniaban á la "ciencia nueva," porque había hecho disminuir la venta del aceite de hígado de bacalao, y por todos lados le venían acerbos respuestas que á él solo le embarazaban, no podía contestarlas y precisamente en esta difícil situación era cuando la Pedani lo abandonaba.

Fassi desahogaba su despecho con el secretario, sin decirle la causa verdadera, acusando á la maestra de ambición y de ingratitud, aun cuando por interés propio guar-

dase con ella las mejores relaciones, y si el secretario la defendía, él la atacaba más fuerte.

Un día, por último, llegaron á decirse palabras fuertes.

Extremando el maestro la maledicencia algo más allá de lo acostumbrado, don Celzani le respondió resentido:

—La señorita Pedani es una muchacha honrada.

—¡Oh!—dijo Fassi.—¡Si hubiese querido!

—¡Ah! ¡No es verdad!—exclamó don Celzani, indignado.

Estuvo aquel á punto de contestarle una insolencia, pero la idea de la rebaja en el alquiler que le tenía pedido, la contuvo entre los dientes.

—Le deseo—se contentó con decirle,—que no haga usted la experiencia á su costa.

El secretario replicó, se separaron de mal talante, y desde entonces ya se saludaron con mucha frialdad.



XVI

Esta misma disputa avivó el fuego de su amor.

Estaban todos, por consiguiente, de acuerdo, para calumniarla y para hacerle la guerra, el tío, el maestro y su mujer, el inspector, la Zibelli, todos mentían; y él la amaría á despecho de todos. Y la amaba más que nunca, encontrando en la severa igualdad de su conducta hacia él, y hasta en todos sus ademanes ó nuevos movimientos que descubriera en ella, nuevas pruebas más de la honradez de su vida.

Otra excitación vino á agregarse.

Habiendo los albañiles que estaban componiendo el embaldosado del descanso de la escalera, puesto una tabla sobre la parte ya removida para que los inquilinos pudieran pasar cómodamente, era para él una voluptuosidad, ver pasar por la tabla á la Pedani

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

y ver lo que cedía aquella á su paso, lo cual le daba casi la sensación de su peso.

Y una mañana tuvo la gran fortuna de que, habiendo quitado la tabla á un lado, salió él tan á punto, que llegó á tiempo de colocarla en su sitio cuando la maestra iba á pasar, haciéndolo con brusco movimiento para probar su fuerza.

Ella no se sirvió de la tabla; de un salto salvó la distancia, y al saltar, rozó con el vestido la cara del secretario, que estaba encorvado, produciéndole el efecto de un latigazo voluptuoso, dándole al par las gracias con una sonrisa que le hizo feliz durante varios días.

¿Fué realidad, ó una ilusión?

Desde aquel día creyó él ver en sus ojos algo nuevo; un vislumbre de benevolencia que le parecía el principio de un cambio duradero, y comenzó á escrutar aquel semblante con ardor inusitado como escruta un astrónomo la faz del sol, aunque dudando: tan ligero había sido el cambio.

¿Podía arriesgarse á hacer su pregunta? Era demasiado pronto.... ¿Qué otra cosa podía esperar?

Vino entonces en su ayuda el ingeniero Ginoni, con una idea luminosa.

Encontrándole una noche en la calle de San Francisco, le dijo:

—Querido secretario, si usted es un hombre fino, debe hacer una cosa. Hay en el escaparate de Berry una fotografía del barón Maignolt, el que venció á pie á un velocipedista famoso, yendo desde París á Versalles. La señorita Pedani es gran admiradora del barón. Debe usted ir, comprar el retrato y regalárselo. ¿Qué le parece? Dará usted un buen golpe. Pero, no lo olvide; no basta regalar fotografías; es preciso emular á los fotografiados. Haga usted una carrera de resistencia de Turín á Moncalieri, que dé cuenta de ella la *Gaceta del pueblo* y habrá hecho más que con diez años de suspiros.

Don Celzani no dijo ni que sí ni que nó; pero aquella misma noche compró la fotografía enviándola por la criada de las maestras.

Él esperaba muy poco de este hecho. Y sin embargo, á la mañana siguiente esperó á la Pedani para recibir de ella, aun cuando no fuera mas que frías palabras de agradecimiento.

Bajaban las dos, la Zibelli y ella. La primera, al verle, siguió adelante sin saludar. La Pedani se detuvo y le dijo con desusada

vivacidad, y con la más hermosa sonrisa que él hubiera visto en su semblante:

—¡Ah! señor administrador; ¡qué amable ha sido usted conmigo! ¿Cómo ha podido adivinar mi deseo?

Don Celzani se sintió lleno de gozo.

La maestra aún añadió alegremente al seguir su camino:

—No sé cómo corresponder á su atención. Mándeme usted, si puedo servirle en algo.

¡Ah! ¡cruel! El administrador, sin embargo, se creyó transportado al quinto cielo, y, alucinado y como beatificado y pareciéndole haber dado un paso gigantesco, juzgó venido ya el momento oportuno.

Tío ó no tío, informes ó no informes, él no podía sostenerse ya más así; tenía que hacer su petición formal lo más pronto posible, estando como estaba el hierro caliente. Solamente le ocurría la duda de si debía hacerlo de palabra ó por escrito, y dejó en suspenso la decisión.

Entretanto, púsose á elaborar con profundo cuidado la fórmula de que habría de servirse en cualquiera de los dos casos... Pero, cuando la estaba elaborando, fué advertido.

XVII

Hacia varios días que la Zibelli había hecho las paces con su amiga, y un nuevo cambio había ocurrido también en su vida.

Un día se encontró en el portal de la casa á un joven maestro de gimnasia, ex-sargento de Ingenieros, rubio y elegante, que ella había oído hablar una vez con mucha distinción, en una junta de la Sociedad de la *Caja de los maestros*. Iba él á casa del maestro Fassi, su amigo. La había saludado con grandes demostraciones, acompañándola por la escalera y hablándole con una particular expresión de respeto y de simpatía.

Á los dos días volvieron á encontrarse en casa de Fassi, estando éste ausente, y su mujer viendo que ya se conocían excusó la presentación; y como el joven era maestro en la cárcel *La Generala*, su conversación fué tomando un cierto carácter sentimental, explicándole él de qué manera habían cesado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en aquella casa las riñas sangrientas, las rebeliones y demás violencias, gracias á la gimnasia, que servía de desahogo á la exuberancia de vida y al orgullo de los más fuertes, que después de la victoria pública de los ejercicios, tenían á menos oprimir á los reconocidos como más débiles. Y enfrascándose en la conversación, él le había pedido explicaciones y consejos, oyéndola con una atención tan cortés y tan viva, que le llegó al corazón.

Desde este punto, con la rapidez acostumbrada, había renacido la ilusión de un amor, y con ella, la alegría, la cordialidad y la amistad; habíase reconciliado con la Pedani, sofocando la envidia, que comenzaba á morderla, por sus glorias gimnásticas; era buena en la escuela, habíase despojado de la capa negra de la pedagogía, en la cual estaba envuelta, reanudando sus lecturas de literatura y á escondidas los ensayos de versos, abandonando la administración de la casa, cuyos cuidados tenía sobre sí.

Á esta nueva disposición de ánimo debió la Pedani el ser ella la encargada de llevar el primer día del mes el importe del alquiler al secretario, que hasta entonces entraba en las incumbencias de su amiga.

Ésta se quedó algo sorprendida, precisamente porque se trataba de ir á casa de don Celzani. La Zibelli, sin embargo, por más que siempre estuviera mal dispuesta hacia él, no sentía celos.

—Vete,—le dijo bromeando, después de entregarle el dinero en un sobre—le harás feliz.

La Pedani tomó del estante la *Gimnástica médica* de Schreber, que había prometido al señor Borsetti, y salió. Llamó á la puerta de éste, que la recibió con muchos cumplidos, y recogiendo el libro, le expuso cómo creía sentir alguna mejoría desde que hacía ejercicios de inspiración y expiración, y entonces la maestra le aconsejó que hiciera la rotación de los brazos, explicándole anatómicamente la acción especial del ejercicio gimnástico de las extremidades superiores, sobre las funciones de los órganos del pecho.

Mientras ella le daba estas esplicaciones, el secretario, solo en casa, sentado á la mesa en el despacho del comendador, buscaba hácia rato, con la pluma en la mano, las frases más importantes de su solemne petición, fuese hablada ó por escrito. Y tropezaba con serias dificultades, porque se trataba de armonizar bellamente una declaración de amor apasionado con la gravedad de una demanda

de matrimonio, que demostrase haber sido precedida de prolija meditación y decidida con entera y tranquila conciencia; y no dejaba de ser oportuno á la vez, el que entrase una delicada alusión á sus condiciones de fortuna, no despreciables, y un toque á la esperanza en la herencia de su tío, si bien contaba éste con una falange de sobrinos en Milán y Génova.

Él tanteaba, escribía, borraba, sin darse por satisfecho, y algo turbado también, con la idea de que, siendo el día primero del trimestre, vendría la Zibelli, que era el *factotum*, á traer el arriendo, lo cual no dejaba de embarazarle desde que aquella le negaba el saludo.

La primera frase, á pesar de tantas dudas, quedaba ya firme é inmutable. Comenzaba así:

“Señorita, voy á dar un paso decisivo en la vida de un hombre .. y estaba precisamente acabando de redondear el primer período, cuando se oyó la campanilla.

—Ahí está la Zibelli,—dijo para sí con despecho, y preparó un semblante respetuoso para recibirla.

En el mismo momento, asomaba la vieja criada, diciéndole:

—Señor, ahí está la maestra señorita Pedani, que viene á pagar el arriendo.

Don Celzani se puso en pie, con el rostro encendido. No pudo articular palabra, limitándose á decir con un gesto, que entrase.

Entró la Pedani y la muchacha cerró la puerta.

La aparición de la maestra le produjo el efecto de una repentina mutación en todo lo que le rodeaba; la habitación cambió de luz, los muebles de sitio, los contornos de los objetos se borraron, todo se alteró á sus ojos, como ocurre á los miedosos en los duelos. Corrió de un lado á otro, en busca de una silla, balbuceando:

—Siéntese usted, siéntese,—y se dirigió á la que estaba más distante; púsola pegada á la mesa, le pareció que estaba muy pegada, la separó, le pareció que estaba de medio lado; le dió la vuelta, indicando á la maestra, sin mirarla, que se sentara, se sentó él también de medio lado, y cogiendo de sus manos el sobre, no le ocurrió cosa mejor que ganar tiempo para rehacerse, poniéndose á contar los billetes, con grandísima atención, como si le asaltase la idea de ser engañado.

Luégo, con los labios trémulos, dijo:

—Está bien;—y tomó una hoja de papel sellado para extender el recibo.

Mas al comenzar á escribir, con tal ímpetu chocaron en su cabeza la tentación de aprovechar aquel momento, para hacer la petición y el temor de que el momento fuera inoportuno y peligroso, que en lugar de escribir en el papel las palabras de uso, escribió:

—Señorita, voy á dar un paso decisivo...

Lo notó, se puso rojo, rasgó el papel, tomó otro, volvió á escribir, siempre con aquella tempestad en la cabeza; la vista se le velaba, no podía sujetar el pulso, no encontraba palabras, y sentía que su frente se cubría de sudor.

La maestra le miraba tranquila y seria. Nada le excitaba la risa, porque no tenía el sentimiento de lo cómico.

Si él la hubiera observado en aquel momento, solo hubiera advertido en sus ojos una ligera expresión de lastimosa curiosidad, idéntica á la que se experimenta ante un enfermo de enajenación mental.

Cuando al fin logró poner la firma, su resolución estaba ya tomada.

Dobló el papel, y reteniéndolo en sus manos para detenerla á ella, se puso en pie, y

de rojo se volvió pálido. Luego comenzó:

—¡Señorita!...

¿Qué es lo que entonces pasó en su mente?

Quizá un síncope del valor, quizá la idea repentina de que hubiera sido mejor encauzar antes el diálogo sobre otro asunto para que la declaración no pareciera demasiado repentina y atrevida. Claro está, que en lugar de decir lo que tenía preparado, cambiando de pronto de tono, tragando saliva por la reseca garganta, murmuró humildemente:

—Señorita... Si tiene necesidad de alguna reparación...

La muchacha no pudo en esta ocasión reprimir una sonrisa. Contestó que no, que todo estaba bien en su cuarto, y le dió las gracias por su cortesía. Y, levantándose, alargó la mano para coger el recibo.

—Había llegado el momento: ó en seguida ó nunca.

El secretario retiró el papel, y renunciando á decir las palabras preparadas porque la confusión le impedía dar con ellas, se lanzó con desesperado valor contra el peligro.

—¡Señorita! repitió...

Ocurre á veces á los menos tímidos, cuan-

do hablan poseídos por una fuerte emoción, y tanto más si deben valerse de una lengua que le es poco familiar, que su lenguaje, el tono, el gesto, todo se aparta involuntariamente del sentimiento que quieren expresar, de modo que, mientras éste es sincero, sencillo, humilde, la expresión sale enfática, atormentada, dogmática, fuera de tono, falsa, como si otro hablara en su lugar, sin comprenderlos y casi con el propósito de hacerlos fracasar.

Esto le pasó al pobre don Celzani, golpeándose el pecho con una mano, ahuecando mucho la voz, dando vuelta con su mirada en torno de la maestra, como si tratara de perseguir el vuelo circular de una mariposa, y moviendo de mil modos extraños los gruesos labios, como si los estuviera entorpecidos por el frío:

—¡Señorita!— exclamó —tengo que decir á usted una cosa. Usted me permitirá. Perdóneme. Sé bien que éste no es el lugar. Pero hay momentos, hay sentimientos, que el hombre honrado, cuando es un afecto puro, aun cuando sea delante de Dios, es imposible, todo se debe de decir, todo se puede perdonar, es un deber el decirlo todo. Yo ya me he explicado. Usted conoce mi

sentimiento. Jamás, jamás ha sido una ligereza, desde el primer día. Jamás. Siempre he cultivado aquella idea primera. Siempre en mi conciencia, si me he atrevido, y Dios es testigo de ello, la intención más pura, el fin más sagrado, el afecto de toda mi vida, aun cuando no lo haya escrito, aquí estoy para decirlo, señorita. ¡Aspiro á su mano!... Quizá no es esta la manera; pero hablo á un alma hermosa. El fruto está maduro. Lo he meditado. Es un caballero el que habla. Mi tío está conforme. Crea en mi corazón. No puedo vivir así. Pido su mano. ¡Una palabra tan solo! Pronuncia mi sentencia.

(*Pronuncia: fué un lapsus linguae*).

Diciendo ésto, anhelante, le plantó los ojos en el rostro casi con expresión de terror.

La maestra, que al oír las primeras palabras sonreía, acabó por oírle con seriedad, arrugó la frente una vez terminado el discurso, teñida con ligero color sonrosado, que luego desapareció. Luego, fijando la vista en un almanaque que había colgado en la pared, con naturalísima entonación, que hacía singular contraste con la del secretario, y con una voz que, bajándose, llegaba á parecer de barítono:

—Mire, señor secretario,—respondió.— Yo no se manejar giros de palabras para decir ciertas cosas... como se debían decir. Digo con franqueza mi pensamiento: usted me perdonará. Ante todo, le agradezco sus buenas intenciones. Más aun, me considero honrada. Pero... si hubiera tenido alguna idea hubiérala manifestado en el acto, después de su carta, porque comprendí todo lo que encerraba. Le repito que me tengo por honrada, sinceramente. Pero, he aquí la cosa: yo no tengo vocación alguna al matrimonio. Por razón de mis ocupaciones, tengo precisión de estar libre; he decidido ser libre. Y, además... Tengo veintisiete años: si hubiera tenido otras inclinaciones, tiempo hace que las hubiera secundado. Así que... En suma, no sé hablar frases oportunas. Lo siento, y se lo agradezco. Hágame el favor del recibo.

Al oír tales palabras, el amor herido gritó, y la naturaleza recobró sus fueros.

—¡Oh, no, señorita, no!—exclamó don Celzani—Usted me dice eso porque no sabe. No soy como los demás: qué cree usted. La quiero á usted con toda formalidad; tiempo hace que vengo penando; no veo otra cosa. ¿qué hacer? Dice usted: quiero ser libre.

¿Qué me importa? Nunca pretendería ser un amo. ¡Ah, me comprende usted! ¡sería su siervo, no pretendería nada, no soy nada, estaría bajo sus pies, sería demasiado feliz, loco! No me conoce usted, como estoy, que pierdo la cabeza, que daría por usted mi sangre, la salud de mi alma.. ¡Santo Dios! ¡No me diga que no! Tenga piedad de un hombre de bien.

Y al decir esto alargaba los brazos, inclinandose delante de ella, alzando su cara suplicante, como el San Antonio de Murillo delante del Niño.

La maestra, maravillada de tanta pasión en tal hombre, lo miró un momento, echó una ojeada á la puerta y volvió á posar en él sus ojos, con vaga expresión de pena. Parecía pensar en su interior.

—¡Qué lástima que no sea otro!

—Pero comprendiendo con rapidez que su silencio podría ser mal interpretado se apresuró á decir, en el tono más amistoso que le fué posible:

—Basta, señor Celzani. Ya le he dicho á usted mis sentimientos. Usted tiene buen corazón. Encontrará otra que corresponda á su afecto, como mereco. Usted se ha engañado en lo que á mí se refiere: no soy como

quizá usted se imagina. No soy delicada. Tengo el corazón de un hombre. No sería buena esposa. Vea usted si soy sincera. Píense un poco... y haga el favor de entregarme ese papel. No es conveniente que me detenga ni un momento más.

Don Celzani se quedó como pretrificado. Pero el temor de permanecer solo en casa, con la desesperación de aquella negativa en su alma, le conmovió de nuevo, arrastrándole á intentar un último esfuerzo desconsolado de súplica:

—¡Tómese tiempo al menos para pensarlo! ¡Piense aun en ello! ¡No me deje así para siempre!

La Pedani se sintió enojada é impaciente, dando un paso hacia adelante y alargando el brazo para recoger el recibo.

Por instinto el secretario le cogió la mano, y fué, como un vértigo: cayó arrodillado á sus plantas, y, ciego, suplicando, se agarró furiosamente á sus rodillas, rozando su rostro convulso contra el vestido. Fué un relámpago; dos gallardas manos desunieron sus dedos cruzados, y con un esfuerzo varonilmente impetuoso le pusieron en pie, aturdido.

—Señor Celzani — dijo severamente la

maestra, más bien con acento de fastidio, que de desprecio — estas cosas no se hacen conmigo. — Y al cabo de una ligera pausa, replicó: está dicho de una vez para siempre.

Pero el secretario no oyó.

El inmenso dolor de la repulsa, la vergüenza, el terror del porvenir eran sofocados en él por la sensación profunda y violenta de aquel abrazo, misterioso revelador de tesoros que esperaban sus fantasías, y que le dejaban con el estupor de un contacto sobrehumano.

Volvió en sí viendo que la Pedani se acercaba á la puerta, y con pasos vacilantes é impetuosos llegó hasta ella; se detuvo un poco antes.

Ella tenía cogida la manilla de la puerta: le miró con indulgente sonrisa retirando su mano, y ofreciéndosela con enérgica actitud de amistad, para quitar á aquella concesión todo sentimiento de ternura. El secretario lo comprendió y le dió la suya, muerta.

Ella volvió á su ademán severo y le dijo:

—Estamos, pues, conformes. ¡Jamás!

El repitió maquinalmente, como un estúpido.

—¡Jamás!

Y no la acompañó.

Al atravesar el recibimiento, la maestra oyó un lamento sordo y prolongado, como un gemido sofocado entre los puños, y estrépito precipitado de pisadas, semejante al pataleo de un jumento airado; y salió moviendo piadosamente la cabeza.



XVIII

Desde este día don Celzani fué otro. Ya no se puso á esperar á la maestra en las escaleras; se lanzó á fumar cigarros Virginia, iba al café inmediato de Monviso, frecuentaba el teatro Alfieri, tomó un aire más desenvuelto para andar, se entregó á su trabajo de secretario con una diligencia nunca vista, como si las propiedades del comendador se hubieran triplicado de pronto, y llevó su osadía hasta cambiar su corbatilla negra por una corbata de color turquí, que le daba un aire enteramente jovial.

Todos los inquilinos notaron aquella transformación. Veíanle algunas veces subir las escaleras tarareando, veíanle subir y bajar saltando, le encontraban por la calle en compañía de jóvenes de su edad, con quienes nunca le habían visto, gesticulando, con otra cara, con movimientos y posturas de cura

renegado, que quiere disimular su antiguo carácter.

Sólo el ingeniero Ginoni sabía el por qué de este cambio, y se divertía con él: decía al secretario, cuando lo encontraba.

“Cayó el encanto y esparcido en tierra, el yugo está „; ó bien.

Al fin respiro, ¡oh Nice!

—¡Bravo, secretario!

Y este le respondía con un gesto cómico, como dando á entender.

—Todo ha pasado.

Y así siguió todo el mes de Marzo. Después del cual... cayó más perdidamente enamorado que antes.

¡Pero qué hacer, gran Dios!

En los primeros días de la nueva estación la Pedani había estrenado un vestido de lanilla color castaña, sencillísimo; una miseria que podía costar treinta pesetas con la hechura, y que quizá tenía defectos de corte; pero la modista verdadera y maravillosa era la persona que lo llevaba, y que lo llevaba informándolo con los contornos más seductores que hubiera jamás hallado un escultor de diosas.

Había ahora horas y días en que saliendo

de la gimnasia, el aire, el sol, el ejercicio daban á sus carnes como un esplendor fogoso de madura juventud, la frescura de un cuerpo de nadadora que sale del agua, algo que en derredor se difundía como la fragancia embriagadora de un árbol en flor. Y pasando al lado de don Celzani con paso ligero le decía:

—Buenos días, — con una nota de obéo limpia y profunda, que semejaba un grito involuntario de voluptuosidad, truncado á la mitad.

El pobre don Celzani resistió tres ó cuatro encuentros de estos, luego perdió la cabeza, abandonó el café Monviso, el teatro, los amigos, los cigarrros Virginia, las carreras por Turín y los ademanes desenvueltos; y de su audaz rebelión de un mes, no le quedó más señal que la corbata color turquí.

Pero durante aquel mes había meditado, y fruto de sus meditaciones fué que, entrando en el nuevo periodo cambió de táctica amorosa y se esforzó por dar á su pasión la apariencia de una tranquila amistad. Nada de apostarse, ni miradas suplicantes, ni trémulos saludos, ni silencios de adorador.

Se paseaba con la maestra en las escaleras, la acompañaba, trabando conversación

sobre cualquier cosa, hablando del tiempo, de los horarios escolares, de alguna separación necesaria, de un inquilino, de alguna tontería, con tal de hablar y de entretenerla, de habituarla á su compañía, de llegar á persuadirla de que podía estar con él sin volver á las declaraciones pasadas. Y lo logró.

Ella no dejó de sospechar que bajo aquella nueva apariencia se escondía un pensamiento, un lejano propósito; pero, en suma, habíase aquietado, y se podía discurrir con él, tanto más, cuanto que curado de aquel loco amor, era una persona educada, y un pobre diablo que no le desagradaba.

De este modo comenzó á establecerse entre ellos una cierta familiaridad.



XIX

Y fué condición favorable para esto, una nueva declaración de guerra de la maestra Zibelli, que volvió á dejar salir sola á su amiga, como antes.

Había ocurrido el siguiente graciosísimo hecho: habiéndose encontrado ambas amigas juntas en la plaza de Solferino con el maestro rubio de *La Generala*, que las detuvo, á las pocas palabras aclaróse el equívoco; había confundido á la Zibelli con la Pedani, conocida de él únicamente por su fama, y admirada por sus artículos; así que la Zibelli vió cómo inmediatamente, los obsequios y la admiración de que primeramente había sido objeto, se convirtieron redoblados hacia la Pedani.

Toda descompuesta con este descubrimiento, después de pasar días horribles hartiando á su amiga de la mañana á la noche, se había entregado con gran ardor á la reli-